

llena de milagros y hechos que están en abierta oposicion con el testimonio de los historiadores, no es, en nuestro sentir, más que una leyenda compuesta en el claústro de San Pedro de Cardaña, de la que volveremos á ocuparnos oportunamente. La primera parte es una historia detallada de Valencia, desde la toma de Toledo por Alfonso VI hasta la conquista de Valencia por el Cid.

No sabemos á punto fijo los agravios que hay contra esta crónica, pues en ninguna parte hemos hallado una crítica robustecida con razones y pruebas, sin duda se creyó que este relato no merecía semejante honra. Masdeu, que ha consagrado muchas páginas al exámen de los Gesta, se desentiende no solo del relato en cuestion sino de toda la *Crónica General*, con estas pocas palabras: «Coloco ésta historia entre el catálogo de los romances, porque, á juicio de los sábios, tal es el lugar que conviene á la mayor parte de estos relatos y sobre todo á aquellos que se ocupan de la vida y las hazañas del Campeador.» Tal es poco más ó ménos la opinion de todos los historiadores modernos. Uno solo entre ellos, el Sr. Huber ha abandonado últimamente la opinion general de que aún participaba en 1829 al publicar su *Historia del Cid*. La opinion emitida por el Sr. Hu-

ber de que dimos cuenta en la introduccion, hace sin duda mucho honor á su tacto y critica, pero desconociendo el árabe y no encontrándose familiarizado con las narraciones de los historiadores musulmanes no ha podido probar su tésis; tampoco sabemos que hasta ahora haya encontrado prosélitos, así que limitándonos á recomendar á nuestros lectores el argumento del Sr. Huber nos vemos obligado á seguir nuestras propias inspiraciones.

Si este trozo no es historia, ¿qué es? Ningun milagro contiene, nada que caracterice la leyenda; por el contrario, el punto de visto del cronista, léjos de ser católico es esencialmente musulman, pues un autor católico jamás hubiera compuesto un relato de tal naturaleza y se hubiera guardado mucho de emplear frases como la siguiente (fól. 331, col. II): (1) «Entónces vió (tratase de Ibn-Djäháf) la imprudencia que habia cometido arrojando á los Almoravides fuera de la villa y fiandose en hombres de diferente religion.» Este trozo no es, pues, una leyenda: ¿será por casualidad un poema refundido en prosa? Pero no es nada poético, á ménos que la poesia hubiese tenido la estravagancia de ir

(1) Citamos la edicion de Zamora, del año 1541.

á sepultarse en tarifas de viveres y en otras cosas tan llanamente prosáicas. Además sería nesario tener una idea muy singular de la poesía española y de la fiereza castellana para pensar que un poeta hubiese representado al héroe de su nacion como á un traidor infame que conculca los tratados más solemnes, como á un monstruo impio que hace quemar en un solo dia diez y ocho afamados valencianos y hace despedazar á otros tantos por los perros. ¿Es este el Cid siempre leal, siempre noble de la *Cancion* y de los romances? ese Cid de quien hubiera podido decirse:

Deus! con se joignent en lui bel

Cuers de lion et cuers d'aignell (1)

No, mil veces no. Este es el Cid de Ibn-Basâm y de otros historiadores árabes.

Hay, en efecto, pruebas evidentes de que este relato fué traducido del árabe. El estilo contrasta singularmente con el estilo ordinario de la *Crónica*: crudo y embarazoso, ambiguo é incompleto tiene todas las trazas de una traduccion no solo fiel, sino servil; de una traduccion que quiere conservar hasta las construcciones mismas del original; algunas veces es tan oscuro, sobre

(1) *Partonopeus de Blois*, vs. 8599, 8600.

todo cuando el escritor se embrolla en los pronombres posesivos (el empleo de estos pronombres hace oscura toda traducción servil de una obra árabe) que nos atrevemos á decir que una multitud de sus frases son inteligibles para quien no sabiendo el árabe, le es imposible traducir estas enrevesadas frases. El estilo es estremadamente sencillo, aunque de cuando en cuando se encuentran locuciones muy frecuentes entre los historiadores árabes más sobrios de adorno, locuciones que por su frecuente uso han llegado á perder su fuerza en árabe, pero que producen un singular efecto cuando se traducen en lengua europea literalmente, como lo ha hecho el traductor español de este trozo. Un castellano jamás hubiese escrito en medio de una narración muy prosáica: «la candela de Valencia matóse y se oscureció la luz (1).» En árabe la frase citada es muy frecuente. Encuéntrase además (fól. 333, col. 3): «y todo el pueblo estaba ya en las ondas de la muerte.» Jamás un español hubiese empleado esta metáfora árabe. En otro lugar (fól. 328, col. 2): »dando grandes voces así como el trueno é sus amenazas de los

(1) «Amatóse la candela de Valencia é escureció la luz.»
Fól. 314 col. 3.

relámpagos,» lo cual no puede traducirse en otra lengua, escepto la árabe, por más que vertido al castellano palabra por palabra sea efectivamente: «á sus amenazas de los relámpagos,» «et eorum mince ex fulminibus.» La espresion es muy conocida en árabe pero es necesario traducirla ménos servilmente si queremos que nos entiendan. La traduccion española es efectivamente muy servil. En vez de hacer decir á Ibn-Djahláf que quería entrar en la vida privada ó que habia entrado en ella, se le hace decir «que el quería ser como uno dellos» (1) «que se consideraba en el lugar de una de ellos;» (2) espresiones tan poco españolas como francesas, aunque sí enteramente árabes. En un discurso del Cid se lee: «ca yo amo á vos é quiero tornar sobre vos», espresion arábica. Más arriba se encuentra: «e mando que no metan cautivo ninguno en la villa,» lo que traduce un autor francés del modo siguiente: «he ordenado que no hagan entrar cautivos en la villa:» siendo este en efecto, á lo que parece, el sentido de las palabras españolas, aún cabe preguntar el porqué prohibiría el Cid que entrasen cautivos en Valencia.

(1) «É que quería ser como uno dellos. Fól. 328, col. 1.»

(2) Fól. 330, col. 1.

Las palabras árabes que en otro texto se emplean responden perfectamente á las españolas y significan: «Ordeno que no se detenga á nadie en la ciudad;» y traduciendo de esta manera resulta un sentido enteramente racional y claro. Además se lee: «el rey de Zaragoza no le tornó la cabeza (1);» lo que debe significar que este rey no hizo caso del mensajero de Ibn-Djahláf y no quiso escuchar sus proposiciones. En árabe efectivamente en este sentido se usan estas palabras, mañ esta frase no se emplea en español ni en ninguna lengua románica. En otro lugar (f. 324, col 3.^a) se encuentra una expresión no ménos singular. Cádír ha sido asesinado por orden de Ibn-Djahláf, «é vino gran compañía é tomó el cuerpo é pusol en las treses del lecho.» En vez de *treses*, que nada significa (2), debe leerse *trozos*. Traduzcamos; «y vino una gran compañía y tomó el cuerpo y lo colocó sobre los pedazos del lecho.» Lo que aquí no conviene de modo alguno, pues no se ha dicho anteriormente que el lecho estuviese roto, ni aun se ha tratado

(1) Nol tornó cabeza el rey de Saragosa, (f. 332, cól. 2.^a).

(2) La edición, así como los antiguos manuscritos, lleva siempre una ç cedilla cuando esta letra tiene el valor de z, bien se encuentre antes de la a, la o, la u, bien preceda á e ó i.

de él. Tampoco el antiguo editor Florian de Ocampo ha comprendido esta frase, puesto que hizo imprimir *treses* en lugar de *trozos*; ni el redactor de la *Crónica del Cid* la entendió, pues dijo «y le puso sobre cuerdas y sobre un lecho. (1)» La palabra árabe, que aquí se emplea significa, en efecto, troncos, pedazos de leña, y significa un lecho. (2). Podemos, pues, traducir, *sobre los troncos del lecho*; traducción que de ninguna manera espresa la idea del autor, significando también la palabra árabe una *camilla*, y la otra palabra, que en el mismo párrafo se emplea, las piezas de madera de que ésta se compone. Aun hoy no es usada la caja en Marruecos, aunque sí en Egipto; cuando se ha lavado el cuerpo se le coloca sobre una camilla, se le cubre con una pieza de tela y se le lleva al cementerio. (3) La misma costumbre existía en España, y los autores árabes de este país se valen á menudo de la palabra en cuestión «pedazos de madera,» tomada aisladamente, para desig-

(1) E puso sobre unas sogas é en un lecho, (cap. 165.)

(2) Esta significacion falta en los diccionarios, pero hace tiempo que heinos dado ejemplos de ello. Véase *Script. Arab. loci de Abbad.*, t. I, p. 268 y compárese la excelente traducción de los *Viages de Ibn-Batutah en la Persia y en el Asia central*, que han sido publicados por M. Deffrémery, (p. 48).

(3) Jackson, *Account of Marocco*, p. 157.

nar la camilla sobre la que se lleva un muerto al cementerio. Así que Ibn-Jácán (1) dice de un hombre que acababa de morir: «fué colocado sobre una camilla,» literalmente «en unas piezas de madera.» En un poema (2) que compuso Motamid, ex-rey de Sevilla, cuando sintió aproximarse su muerte, se encuentran estos versos: «Antes de haber visto esta camilla ignoraba que las montañas (así es como los árabes llaman á los héroes) eran trasportados sobre pedazos de madera.» Esta frase es también muy frecuente, y en vez de traducir «se colocó el cuerpo sobre los pedazos del lecho,» el traductor español hubiera debido decir «se colocó el cuerpo sobre la camilla.» En efecto, inmediatamente se dice que «se le cubrió de una vieja *acitara*, (gualdrapa ó mantilla) se le llevó fuera de la ciudad y se le enterró.»

Aun debo hacer notar otra simpleza del autor español que bastará para convencer á los más incrédulos que este relato ha sido realmente traducido del árabe. Después de la insurrección de Ibn-Djahláf, todos los partidarios de este rey emprendieron la huida. «Fuxeron para un castello que dezien Ju-

(1) «Calâyid,» man. A., t. I, p. 96.

(2) Apud. Abd-al-wáhib, p. 112.

bala con un paño de Benalfarax, aquel preso que fuera su alguazil del rey é del Cid.» Huyeron hácia un castillo llamado Jubála con una *pieza de tela* de Benalfarax (Ibn-al-Farâdj) el que estaba ahora prisionero y habia sido antes el visir del rey y del Cid.» Preciso es confesar que esta pieza de tela produce aquí un singular efecto, sobre todo si se atiende á que en adelante no se vuelve á hacer mérito de ella. Siguiendo la traducción encontramos otra frase que, sin duda, puede significar: “con una pieza de tela, de Ibn-al-Farâdj,” pues la palabra árabe que aquí se emplea significa muy á menudo una pieza de tela (1); pero este sentido no es aquí el adecuado, pues puede significar también un batallón, un escuadrón, una cuadrilla de soldados. (2) Conviene, pues, traducir “con una cuadrilla, (con soldados) de Ibn-al-Farâdj,” y entónces todo queda perfectamente.

En rigor bastarian estos argumentos sacados del carácter y del estado del relato; pero los hechos vienen aún á comprobar lo que venimos sustentando y á disipar hasta

(1) Véanse los ejemplos que hemos citado en el Diccionario detallado de los nombres de los vestidos entre los árabes, (p. 368).

(2) Véase *Script. Arab. loci*, t. II, p. 232.

él ménor asomo de duda. Este relato podemos inspeccionarlo á menudo con ayuda de los autores árabes y á veces con el auxilio de las crónicas y de las cartas cristianas; así lo hemos hecho y hé aquí el resultado de nuestro exámen. Hemos encontrado que este relato concuerda siempre perfectamente con los autores árabes más antiguos y más dignos de crédito; que en él no se hallan las faltas que ofrecen las obras de los autores arábigos más modernos; que contiene hechos y nombres propios poco conocidos y que solo por accidente se ven en los autores musulmanes, pero que son de una escrupulosa esactitud, así como los detalles tipográficos; que aún las palabras y las frases empleadas por el autor se encuentran en los escritos arábigos que tratan de esta época, sobre todo en el *Kitab-al-ictifâ* escelente crónica que fué compuesta en la segunda mitad de siglo XII, por un faqui africano Ibn-al-Cardebous (1). Para robustecer con algunas pruebas lo que acabamos de manifestar notaremos desde luego que la crónica habla de una puerta de Valencia que llama Belsahanes, lo que significa, dice, «Puerta de la culebra.» Es necesario leer *Bebal-*

(1) Abu-Mewârn Abdalmelic ibn-at-Tauzari. Conozco el nombre del autor del *Kitab-al-ictifâ* por Ibn-Chebât que lo cita muy á menudo.

hanes (comparese Alcalá, en la palabra culebra.

Habia efectivamente en Valencia una puerta llamada así; Ibn-Jácán habla de ella en su capítulo sobre Ibn Táhir. En otro lugar la crónica hace mencion de un personage de Valencia que llama *Mahomad abenhayén alaronxa*. Es preciso leer Abu-Mahomad y alarouxa ó alarouxa (los autores españoles de la edad media dan frecuentemente á los nombres relativos la terminacion *a* en vez de *i*). Este personage vivía realmente en Valencia hácia la época de que habla la crónica; el biógrafo Dhabbí le ha consagrado un artículo del cuál Casiri, (t. II, p. 138,) ha publicado un extracto y el Sr. Defrémery ha tenido la bondad de copiárnoslo del manuscrito de la Sociedad asiática. Léese en él, que Abdalláh ibn-Haiyán (ó Hayén segun la pronunciacion de los árabes de España,) al-Arauchí (1) era un sábio teólogo nacido en el 409, de la Hégira y que fué á establecerse en Valencia, donde murió en 487, 1094 de nuestra era. Habla tambien la Crónica de un gobernador de Játiva que llama Abenmacor, personage que tambien se encuentra incidentalmente nombrado por los autores árabes. Así Ibn-Bassám dijo: (man. de Ox-

(1) En el manuscrito así se lee con las vocales.

ford fól. 109, v.) que cuando Motamid hubo hecho poner en prision á su visir Ibn-Amár en el año de 1084, muchas personas pidieron su indulto y entre otras el gobernador de Játiva Ibn-Mahcur. Si no nos es infiel la memoria Ibn-Bassâm ha copiado la carta que Ibn-Mahcur escribió á Motamid en esta ocasion y tenemos á la vista el extracto de otra que Motamid hizo escribir en respuesta á la de Ibn-Mahcur. Este extracto se encuentra en la enciclopedia de Nowairí man. de Leyden nº. 273, p. 549. El gobernador de Játiva se halla allí nombrado por error Ibn-Yahfur más por lo demás la pronunciacion de la crónica es enteramente exacta, pues los árabes de España apénas dejaban percibir la *h* dando además al wan el sonido de *o*. En otro lugar (fól. 324, col. 4,) cuenta la crónica que Ibn-Djakhâf aborrecia á su primo hermano (1) el *alcalde mayor* de la ciudad que encerraba la autoridad de su primo en límites muy reducidos (*nin mandaba nin vedava*, dice el texto lo cual es tambien una frase árabe); que solo le daba muy corto sueldo, y en fin lo vejaba de todas las maneras posibles. Ibn-Jâcân é

(1) En vez de hermano como dice la edicion de la crónica debe leerse *primo cormano* con la crón. del Cid c. 166.

Ibn-Bassâm refieren lo mismo y su testimonio se confirma con la carta dirigida por Ibn-Talûr á este primo de Ibn-Djhháf, traducida más arriba. Además (fól. 330, col. 4 y fól. 331, col. 2) la crónica da á un oficial de Ibn-Djhháf el nombre de *Atetoin* ó *Atetorui*. Una y otra version se encuentran alteradas, pero la última se acerca más á la verdad. Es preciso leer *Atecorni* pues en los manuscritos la *c* y la *t* asi como la *n* y la *u* se permutan fácilmente. Este nombre relativo se escribe en árabe de tal manera que todo el mundo pronunciaría *at-Técorni* si no se supuese por el *Lobb-al-lo-báb* de Soyuti y por los Diccionarios geográficos que es necesario pronunciar *at-Técoronî* (1). Así pues, los *Técoronî* eran realmente una familia valenciana, y sabemos por Ibn-Bassâm (man. de Gotha, fól. 10 r.) que uno de ellos Abu Amir ibn Técoronî habia sido visir bajo el reinado del rey de Valencia, Abdalazíz Almanzor.

Cuenta la crónica que cuando Cádîr emprendió la fuga, ocultó en su faja un collar de gran precio y luego añade: «é diz que fué de Seleyda mujer que fué de Abenarre-

(1) Este nombre relativo proviene de una ciudad del Mediodía llamada Tecoronna. Esta es la palabra latina *corona* á la que se ha unido el prefijo berberisco.

xit el que fué señor de Belcab: é que pasó despues á los reyes que dizien Benuiuyas que fueron señores del Andaluzia.» Todos los nombres propios han sido alterados aqui por los copistas ó por el editor, pero el autor habia querido decir que este collar habia pertenecido al principio á Zobaida esposa del califa de Bagdad Hârun ar Rachid y despues á los Omeyas de España. Un passage de Ibn-Addârî (t. II. p. 93) confirma esta noticia. En él se lee: «cuando Mohamed Amîn hijo de Hârun ar Rachid fué muerto en el año 813 y sus riquezas saqueadas, sus joyas y sus muebles preciosos fueron traídos á España y se envió á Abderrahman II, sultan de este país, el collar conocido con el nombre de *Collar de las lentejas* (créese que se llamó así por estar compuesto de piedrecitas verdes y redondas, de pequeñas esmeraldas) que habia pertenecido á Zobaida.

En otro lugar (fól. 323, col. 1 y 2) se lee que despues de la muerte de Câdir, Abu-Isâ-Ibn-Labbun, señor de Murviedro, cedió sus castillos á Ibn-Razîn, con la condicion que este habia de proveer á su subsistencia, y él fué á establecerse al Albarracin con sus mujeres, hijos y amigos. Esta noticia se confirma no solo por Ibn-al-Abbâr, Ibn-Jacân é Ibn-Bassâm, sino tambien por algu-

nas composiciones poéticas hechas por los mismos Ibn-Razín é Ibn-Labbun.

Las semejanzas entre el relato de la crónica y el Kitáb-al-ictifá, son tan numerosas y sorprendentes que nos hemos de limitar á citar un solo ejemplo de ellas. Haremos observar que las noticias que dan estas dos obras sobre los bandos del Cid y de Alvar Fañez son absolutamente las mismas. “Estos bandos, añade la crónica, (f. 331, col. 4.^a) daban un moro por un pedazo de pan ó un jarro de vino.” La misma frase se encuentra en la crónica árabe.

Mas el relato traducido por Alfonso el Sabio es mucho más completo, más circunstanciado y más exacto que todos los de los demás autores árabes. Y lo es de tal manera, que no pudo ser hecho más que por un árabe que residiese en Valencia mientras el Cid sitiaba á esta ciudad. El autor parece haber escrito la historia de su tiempo hasta el momento en que Ibn-Djahláf fué arrojado en prision y creo que no pudo continuarla porque fué uno de aquellos á quienes el Cid hizo quemar á fines de Mayo ó principios de Junio del año 1095, juntamente con Ibn-Djahláf.

En efecto, el relato es exacto hasta la época en que éste fué puesto en prision; pero

su muerte se cuenta de un modo singular. El Cid lo hizo juzgar por el faquí que habia nombrado el cadí y por los patricios de Valencia, los cuales decidieron que, puesto que habia matado á su rey, merecía, segun la ley musulmana, ser muerto á pedradas. A este relato pueden hacerse dos objeciones: primera, que está en contradicción con el testimonio de Ibn-Bassán, autor contemporáneo, y con el de Ibn-al-Abbár, historiador muy exacto y además valenciano: segunda, que no hay ley musulmana, al ménos que sepamos, que diga tal cosa. Despues de colocar este inventado relato, Alfonso se vale exclusivamente de libros cristianos, donde no se encuentran huellas de la crónica árabe. ¿Cómo explicar esta circunstancia? ¿Supondremos acaso que Alfonso alterase la narracion del suplicio de Ibn-Djahnâf porque presentaba al Cid bajo un aspecto muy desfavorable? No lo cremos; Alfonso no pudo tener este motivo, toda vez que no ha disimulado otros hechos en que el Cid se manifestaba más cruel todavía que en estas circunstancias. Preciso es, pues, admitir que la crónica árabe no contaba el suplicio de Ibn-Djahnâf; que Alfonso lo tomó de una obra cristiana, y especialmente de la leyenda de Cardeña, y por último, que el cronista

musulman se vió obligado por un accidente cualquiera á interrumpir bruscamente su trabajo.

Ahora está fuera de duda que el Cid hizo quemar vivos en 1095 no solo á Ibn-Djahhâf y sus parientes sino á otros muchos: entre éstos desdichados se encontraba un hombre de letras, que habia desempeñado el empleo de secretario cerca de un visir, y se llamaba Abu-Djafar-Battî (es decir originario de Batta, uno de los pueblos situados en los alrededores de Valencia). (1) ¿No podria suponerse que este escritor es el autor del relato traducido en la *Crónica*? Admitido esto, naturalmente se explicaria por qué este relato se interrumpe tan bruscamente, y por qué no se hace mencion en él del suplicio de Ibn-Djahhâf. Aun debemos hacer observar que á través de la ruda y pesada traduccion española puede vislumbrarse con facilidad una edicion árabe elegantísima circunstancia que aboga en pró de nuestra suposicion, pues Abu-Djafar-Battî era un literato muy distinguido.

Por lo demás, esta crónica, cualquiera que sea su autor, es sin disputa el mejor ejemplar que poseemos de la historiografía

(1) Véase Maccari, t. II, p. 429 y 755.

árabe del siglo XI, y Alfonso el Sábio tiene derecho á nuestro reconocimiento por habernos conservado siquiera sea en una traduccion bárbara ésta, joya inapreciable.

Todavía nos resta explicar cómo y por qué esta traduccion de la crónica árabe se encuentra en la *Crónica General* y refutar la opinión de los que piensan que el relato que nos ocupa tiene por autor á un cierto Abenalfange ó Abenalfarax; opinion generalmente aceptada cuando Escolano escribió su excelente *Historia de Valencia*, es decir, á principios del siglo XVII y adoptada últimamente por M. Huber. Mas antes de abordar esta cuestion, diremos lo que es la *Crónica del Cid*.

En pocas palabras resumiremos el resultado de nuestro exámen acerca de esta crónica, publicada por primera vez en Burgos en 1512 por Juan de Velorado, abad de San Pedro de Cardaña, segun el manuscrito de aquel convento. Diremos, pues, que no es otra cosa que la parte correspondiente de la *Crónica General* retocada y refundida arbitrariamente por algun ignorante del siglo XV ó cuanto más de fines del XIV; probablemente por un monge de San Pedro de Cardaña, y de nuevo retocada y refundida tambien, arbitrariamente, á principios del

siglo XVI por el editor Juan de Velorado.

Para probar la última tesis, citaremos el testimonio de Berganza, el cual no ha sido notado ni aún por el último editor, M. Huber, ni á nuestro parecer, por ninguno de aquellos que en estos últimos tiempos han hablado de la *Crónica del Cid*. Es preciso observar que Berganza que publicó su libro en 1719 y que es el único escritor que ha comparado la edición de Velorado con el manuscrito de Cardaña, dice lo siguiente (t. I, p. 390): “Debo advertir que la *Crónica del Cid* impresa, no concuerda en lo concerniente á ciertos detalles y á ciertos capítulos, con la crónica manuscrita; así me atenderé á la que se encuentra en nuestros archivos. He visto además por algunos cotejos suministrados por el señor Defrémery que la edición de Velorado difiere muy notablemente del manuscrito de la *Crónica del Cid*, que posee la Biblioteca imperial (n. 9988). Este manuscrito se aparta ménos de la *Crónica General* que la edición de Velorado; pero, sin embargo, cuando no se tiene á la vista el manuscrito de Cardaña, es imposible manifestar qué cambios es preciso atribuir al antiguo monge y cuales á Velorado, aunque todos, sin escepcion, son muy importunos y á menudo ridiculos. En el relato árabe, los dos

redactores no han comprendido una multitud de frases, poco españolas, en verdad, saltando por ellas ó cambiándolas con poquísimos acierto. Además aunque los detalles de este relato, tal como se encuentran en la *Crónica General* concuerdan perfectamente con los arábigos, no sucede otro tanto con la *Crónica del Cid*, por más que ésta, en el fondo, sea el mismo relato. Observaremos además que el autor de este mosaico desafortunado ni aún se ha tomado el cuidado de desechar lo que nunca hubiera debido encontrarse en él y al escribir una crónica del Cid ha admitido, sin duda, muchas cosas que se hallan en la *Crónica General*, y que nada tienen que ver con el héroe castellano. Al fin de su trabajo, dice que ha mezclado todas estas noticias, porque la *Crónica* no podía escribirse de otro modo. No sabemos si el redactor pudo hacerlo, aunque lo dudamos mucho; pero una de dos, ó debió apartar de su libro lo que no le pertenecía ó no debió escribirlo. Más aún; este torpe monje dice sencillamente: «como hemos dicho más arriba,» cuando trata de hechos anteriores á la época del Cid, hechos de que no se ocupa poco ni mucho; también añade: «como diremos luego,» al tratar de cosas que no acaecerán hasta el siglo XIII y